



Francisco Cordero López, 78 años.
Alejandro Sánchez Cuerda, 24 años.

El proceso de creación de energía

Los alumnos de quinto curso hablaban en voz baja. Camisas claras, algunas corbatas y mucha brillantina. Sus miradas, inquietas, no dejaban de analizar aquel enorme recinto. Techos altos, estructuras metálicas y montones de cables y tuberías que nacían y morían en Dios sabe dónde.

"Dejad de cuchichear", dijo Don Ladislao sin creerse del todo lo que pedía. Estaba sorprendido. Muy sorprendido. Aunque durante muchos años había pasado por la puerta del edificio de la Junta de Energía Nuclear, nunca pudo imaginarse que aquellos muros escondieran cosas tan incomprensibles.

La orden de Don Ladislao fue inmediatamente obedecida y, tras un breve pero infinito silencio, Don Francisco continuó la explicación: "Están ante mi proyecto de tesis doctoral. Es un acelerador de partículas, tipo Cockcroft-Walton, que usamos como fuente pulsada de neutrones para experiencias dinámicas en conjuntos multiplicativos de uranio". Sus explicaciones retumbaban en los altos techos de la sala provocando una sensación más misteriosa todavía.

Aunque Francisco miraba directamente al profesor buscando su complicidad, éste poco conseguía comprender de todo aquello que veía y escuchaba. Don Ladis, como Francisco le llamaba durante su etapa de estudiante, mostraba sin reparo su cara de asombro. Asombro, admiración y orgullo. Asombro por los avances de una ciencia que, en 1966, eran sólo las débiles raíces de lo que hoy tenemos. Admiración al contemplar como el hombre conseguía jugar con la naturaleza a montar y a desmontar átomos. Y orgullo, mucho orgullo. Orgullo al comprobar que uno de sus alumnos había conseguido llegar hasta el escalón de la vida que se había propuesto.

De padre taxista y madre sirvienta, el presupuesto de la familia Cordero siempre era poco para mantener a sus seis hijos. En los grises años del franquismo, cuando la educación formaba parte de unos pocos privilegiados, dos centros en Argüelles se repartían a los estudiantes del barrio. El colegio de Los Jesuitas, que expulsaba a los alumnos de bajo rendimiento escolar, y el colegio Decroly.

Francisco reconoce, hoy, que no se acuerda muy bien a que se debe el extraño nombre del centro al que acudió. "Creo", dice mientras arruga la frente, "que el director le puso Decroly porque así se llamaba una persona que siempre pensó que la educación era la base de la humanidad". Y es que, Don Ladis, siempre tuvo más vocación por la enseñanza que por los negocios.

Consciente de que el sueldo de un taxista no se podía estirar demasiado, Don Ladis concedió una beca a Francisco para que pudiera acabar sus estudios sin más agobios que los que provocaban aquellos exámenes de latín. Cordero, como le llamaban sus compañeros de clase, mira al infinito cuando reconoce que esos años fueron especiales. Los partidos de fútbol con la equipación roja, los deberes hechos en comunidad y, sobre todo, la complicidad con aquel director que siempre supo confiar en él.



Entre su paso por el colegio y la visita de los nuevos alumnos a la Junta de Energía Nuclear pasaron más de veinte años. Veinte años que, en la vida de Cordero, se quedaron pequeños para contener todo lo vivido. Una oposición aprobada en la Compañía Telefónica Nacional de España sirvió para llevar el primer sueldo a casa. Un año más tarde, en 1947, otra oposición le permitió entrar a formar parte del Cuerpo General Técnico de Telecomunicaciones. Este trabajo, con turnos de noche, pudo ser compatibilizado con los estudios universitarios. Después de finalizar en 1955 la Licenciatura de Ciencias Físicas, ingresó como becario en la Junta de Energía Nuclear. El centro, conocido hoy como CIEMAT, fue su segunda casa hasta su jubilación. Los continuos ascensos de rango laboral, los viajes al extranjero para participar en los congresos, la participación en los primeros proyectos nucleares europeos y las publicaciones científicas y otras realizadas para diarios de información general podrían llevarnos a un relato sin fin.

Cordero sabe que su vida profesional es inmejorable, pero no presume en exceso de ella. Y no lo hace porque reconoce que las cosas, aunque hay que buscarlas, no dependen sólo de uno mismo. Dependen, sobre todo, de cómo y de quién te rodeas.

Como la Directora de las clases femeninas del Decroly era la mujer de Don Ladis, Francisco siempre supo que su Director tenía familia. Sin embargo, en una de las últimas visitas que realizó a su viejo y enfermo profesor fue cuando descubrió que aquél apasionado por la educación nunca tuvo un hijo varón. Fue entonces cuando, tal vez, Francisco desveló alguna mirada, comprendió algún acto y descifró aquel imperativo bienintencionado para que Cordero estudiara medicina. Fue entonces cuando comprendió que la vida profesional no puede estar separada de la vida personal y que de nada vale tener la primera si te falta el resto.

Mientras se despide, Francisco Cordero se disculpa por hablar excesivamente alto. Reconoce que, con casi ochenta años, se está quedando algo sordo de un oído. "Tener una familia tan numerosa como la mía", dice con una suave sonrisa entre los labios, "hace que sólo hable el que más grita y yo creo que me he quedado algo sordo por eso". Tiene nueve hijos aunque, como todo abuelo, gasta mucho más tiempo en hablar de sus nietos. Pone gesto de preocupación cuando confiesa los problemas de alguno de ellos como si fueran propios. "Este chico no acaba de encontrar un camino profesional que le guste. Y tan malo es cegarse en lo profesional como no situarse en uno concreto". El tono de preocupación se diluye cuando dice que uno de sus nietos se ríe de la música que el abuelo tiene en el mp3. "A mi me gusta Manolo Escobar, que le voy a hacer".

"Sabe", me descubre en un tono de confianza pero sin perder jamás la distancia que provoca el uso de la tercera persona del singular, "casi todo se puede aprender en las universidades; el latín, la informática, los avances tecnológicos y las formas de sacar una muela. Sólo hay una cosa que no te enseñan en ningún lugar y, tal vez, es la tarea más difícil del mundo. Nadie enseña a ser padre o madre. Y, para buena madre, mi mujer. Ella se enfada mucho conmigo por las cosas que hago pero sé que nada de lo que he hecho en mi vida profesional lo hubiera podido hacer sin su ayuda".

Francisco se despide. No sabe muy bien cuando podremos concertar la próxima cita. Mañana tiene que acudir al Centro de Mayores de La Remonta donde tiene las clases de Internet. Algunos días se acuesta a las dos de la mañana cacharreando con el ordenador y está a la espera de que le concedan un curso de fotografía digital. "No hay que dejar nunca de hacer cosas", dice antes de subirse al autobús que une La



Remonta con su casa. Traje oscuro, corbata granate con pequeños dibujos, camisa clara y un maletín de tela donde lleva papeles con algunas notas escritas a mano y otras muchas a máquina. Papeles que ponen fecha a un servicio militar en las Milicias, a una Tesis Doctoral, a un ascenso laboral, una publicación en El País, una familia numerosa. Papeles que están "en una caja guardada en el trastero de la casa de la Sierra". Notas que, en sus propias palabras, forman parte de un pasado que tampoco quiere analizar demasiado. Mañana, hay clase de Internet y, pasado, hay lío en casa porque viene la familia a comer.

Lo importante de la vida

"De la vida he aprendido muchas cosas", dice Francisco mientras hecha el azúcar en el café. "He aprendido que la juventud no vuelve nunca. Los 18 y los 20 años no se repiten. Y es importante vivíroslos y disfrutarlos. Pero también es importante que cada uno sepa que la vida se extiende más allá de la juventud". Es la volatilidad de la juventud la que hace que Francisco recomiende mirar siempre con un plano amplio de visión. Las cosas, dice, se ven mejor cuando se observan en su totalidad. El mañana comienza hoy mismo y el pasado sólo hay que mirarlo para no repetir errores.

Francisco reconoce que es difícil, y más hoy, que un chico de veinte años sea capaz de mirar lo que puede pasar mañana. Pero, pese a ello, vuelve a repetir que no es incompatible la diversión de hoy con la planificación de mañana.

Cuando se le pregunta por el significado de mañana, Francisco toma aire y contesta. Mañana, para un joven, debe ser buscar un camino profesional que le guste y al que esté dispuesto a dedicar tiempo. Mañana es saber rodearse de gente. Mañana es tener ilusión por las cosas. Mañana es una familia. Mañana, dice riendo, es la canción salud, dinero y amor.

"Cada uno de nosotros hacemos un granito de arena en este mundo lleno de cosas y gentes. Es verdad que ese granito, en la humanidad, no es nada. Pero, en tu vida y en los de tu entorno, esa aportación insignificante puede ser algo apasionante".

"Nunca hay que dejar de soñar y de hacer cosas", dice mientras se acaba el café, "que la vida es muy corta y si te paras seguro que te pierdes algo interesante".

Sus palabras no son teóricas, Francisco Cordero tiene casi ochenta años y asiste a clases de Internet al Centro Cultural de La Remonta, está en la lista de espera para un curso de fotografía digital y acaba de comprarse un disco duro externo que permite almacenar películas y fotografías que pueden ser visualizadas directamente en el televisor.